



## Un genio

---

Sin duda era un genio aquel hombre, calvo como la mesa de mármol, que se sentaba cerca de mí en el café. Debía de ser un caballero ahorrado, porque se guardaba los terrones de azúcar; debía pegarse él los botones, porque llevaba agujas en la solapa, y debía de ser sucio, porque se limpiaba la pluma en la manga. Jamás le vi pagar... y el mozo no murmuraba de él: le servía y le admiraba... ¡A la fuerza era un genio! ¡Qué remedio! Además, tenía cara de haber inventado la estadística...

Cogía el periódico, apoyaba el codo encima del velador, y mientras el dedo meñique, agitado por un movimiento rapidísimo, arrojaba al suelo la ceniza del cigarro de diez céntimos, el hombre se abismaba en las letras de imprenta.

A lo mejor suspendía la lectura y tocaba las palmas.

— ¡Voy! — decía el mozo.

— Va á pagar, — pensaba yo.

Y el hombre calvo le decía al camarero por lo bajo:

— ¡Siguen tan brutos!... Aquí para *inter nos*: han ascendido á Sánchez... que suma por los dedos. ¡Así va la Hacienda! Aquí no se atiende al mérito; aquí todo es farsa... ¡El crédito por los suelos! ¿Estamos?

— Cierto, cierto, — decía el mozo que no cobraba.

— Y lo pruebo, — decía el hombre calvo sacando el lápiz.

Y lo probaba, sí, llenando el velador de números.

Le vi cien veces «demostrar palmariamente» que en España no había ni un céntimo... y que era necesario que le emplearan á él, «que tenía vocación deci-

dida». Creí que era un cesante, y averigüé que jamás había sido empleado.

Todas aquellas matemáticas las pagaba el mozo, que tardaba media hora en limpiar la mesa, y aun me decía:

— Es un gran parroquiano... Pagaré cuando pueda. ¿Usted no cree que le emplearán? ¡Tiene un talento natural!

¡Y frota que frota el mármol!

Quedé convencido. ¡Obtener la admiración de un acreedor es cosa del genio!

Faltó un día al café el hombre calvo, y me dijo el camarero muy compungido:

— ¿No sabe usted que ha muerto? Era un gran sujeto... ¡Quinientos cafés y doscientos con tostada! ¿está usted?

— Estoy.

Y miré el velador del hombre calvo, donde aun, como al través de una gasa, se vislumbraban columnas de números mal borrados. ¡Allí había muerto el crédito de España, y el de mi vecino de café, aquel gran deudor de «talento natural»!!



Rodríguez Chanchullo (D. Próspero)

---

Quando llegué á casa del excelentísimo señor don Próspero Rodríguez Chanchullo, ex ministro, padre de la patria (y de tres hijos que también tenían acta) y tío de quince sobrinos, *condecorados* con otras tantas credenciales, me dijo un criado muy respetable con cara de senador:

—¿Qué se le ofrecía á usted?

—Deseo ver al excelentísimo...

—No está.

—Le adyierto que soy periodista... y vengo con buen fin; de modo que bien pudiera estar usted equivocado.

—¡Ah! Voy á ver.

Volvió el criado al poco rato, y me dijo muy finamente:

—Pase usted.

Y entré en el despacho del ilustre y famoso estadista, que era un hombre de esos de quien «debe esperar la patria» días de prosperidad y bienestar. Tenía fama de político serio y de *principios*, y hallábase atareado, como quien tiene á su cargo la empresa de hacer la felicidad de un país. Sentado tras de una mesa cubierta de papelotes, parecía meditar sobre los asuntos de que le daba cuenta una especie de Pablo Cruz, que estaba cerca de él, en la misma mesa de don Próspero.

Éste se fijó en mí, cosa que me enterneció. Aquel pensamiento *de águila rampante* (como le dijo una vez un periódico, que de puro serio parecía satírico) abandonó los picachos y cimas del mundo intelectual para posarse en mí. ¡Sabe Dios de qué alturas bajaría el pensamiento de don Próspero! Me saludó cortesmente, y dijo de golpe:

—Pronto... Gracias... Bien... ¿Trae usted la máquina? ¿Viene usted á retraerme, eh? Pronto, pronto... ¿Cómo quiere *sorprenderme*, en el despacho, de sobremesa, tomando te, en familia, solo, con mis diputados, digo con mis hijos,

en la biblioteca?... En fin, ¿cómo le parece á usted mejor?...

—Tengo encargo de conseguir de usted una *interview*,—dije humildemente.

—Si tuviera la bondad de decirme lo que piensa usted sobre la política de...

—¡Oh! ¡Estoy tan ocupado!... En fin, no habrá remedio,—dijo,—y luego dirigiéndose al secretario:—Siga usted enterándose, y si hay algo importante me interrumpe usted y me da cuenta... Así no perderemos tiempo... Vamos (*á mí*). Puede usted tomar nota.

Repantigóse en el sillón, inclinó la cabeza, y estuvo más de seis minutos en silencio, elaborando ciencia y mirándose el ombligo. Por fin rompió á hablar:

—Solicitan ustedes mi opinión... ¿Qué he de decirles, sino que yo me debo á la patria, cuanto más desdichada más querida, y que estoy dispuesto á sacrificarme en todos y en cada uno de los órdenes de la vida, en aras del sentimiento patrio; este sentimiento noble y santo que anima á todos y á cada uno de los que tenemos la honra de haber nacido en esta querida España?...

(El secretario.—Permítame... Hay que

reponer al cabo de serenos X... ¿Escribo al alcalde?

Don Próspero.—Telegraffe.)

... en esta querida España, donde hoy están planteados los más arduos y trascendentales problemas que pueden presentarse, así en la esfera económica como en la esfera política, á la solución de los cuales dedico mis energías, impulsado por el amor que profeso á esta tierra que me vió nacer... ¡Ah! señores; es preciso, porque así lo exigen las circunstancias; es necesario, mejor diré, es indispensable, que todos y cada uno de nosotros...

(El secretario.—Permítame... Piden de X que se procese al secretario del Ayuntamiento. ¿Qué se hace?

Don Próspero.—Dígales que... se procurará.)

... y cada uno de nosotros, coadyuemos con nuestro óbolo á esa obra grandiosa de la regeneración de la patria, para lo cual debemos todos y cada uno de nosotros abdicar de nuestras pasiones, sacrificar el interés personal en aras del interés público, pensar alto y sentir hondo...

(El secretario.—Dicen de X, que sería conveniente trasladar al juez aquel que dictó sentencia contra el parecer de V. S.

Don Próspero.—Cierto... dígales que irá á Canarias.)

... dejando expeditos y francos todos los caminos que necesariamente han de conducirnos á la prosperidad y adelantamiento del país. He dicho una y mil veces, en ocasiones solemnes, que todos y cada uno de nosotros, en la medida de nuestras fuerzas, debemos contribuir á que el cumplimiento de la ley sea un hecho, para que, de este modo, todas las manifestaciones de la vida nacional puedan vivir á la sombra de los poderes públicos; por todo lo cual entiendo yo...

(El secretario.—Hace falta conseguir un estanco que pide don Fulano...

Don Próspero.—Mala ocasión es; pero ya veremos...)

... entiendo yo, que todos debemos sacrificarnos poniendo á prueba nuestra abnegación y nuestro patriotismo...

Hizo una pausa don Próspero, y viendo que yo no tomaba notas, me dijo:

— Pero ¿qué? ¿no escribe usted? Así nos atribuyen ustedes tantos errores.

— Permítame usted que me retire, — contesté. — Notas tengo las suficientes... « todos y cada uno », « coadyuvar », « entiendo yo »... Todo lo tengo aquí apuntado, y si algo faltá por decir no necesito anotarlo...

— ¿Por...?

— Porque á usted, ilustre don Próspero, me lo sé yo de memoria.

Salí á la calle pensando cosas tristes... « De hombres así es de quien debe esperar la patria »... ¡Oh gran Carlyle, también en política lo absorbe todo la gran *calabaza rotatoria* de que tú hablaste!...



## Ramírez, poeta lírico...



En el fondo, Ramírez era un poeta de solemnidad... Un alma romántica de miras elevadas, empingorotada, que trepaba á todos los idealismos y vivía en un cuerpo embutido en un gabán claro. ¡Miserias á él! Podía llegarle al cuello el torrente de privaciones en que vivía... Para él, que firmaba versos en el *Semanario de Nieva*, defensor de

los intereses materiales y morales de la localidad, no había negruras ni obscuridades. Jamás faltó á su imaginación un



rayo de luz; la buscaba no se sabe dónde, como el agua del mar arranca reflejos á las tinieblas mismas...

Eso de la propiedad individual no iba con Ramírez... El sol le pagaba su renta en calor, en luz; el campo le obsequiaba con flores.

Aleteo de pájaros, brisas ledas, murmullo de arroyo... todo era para Ramírez, de parte de Dios. El sabía pagar al Supremo Hacedor, con odas preñadas de solecismos, todas aquellas caricias que exhalaban para él el cielo, la luz, el prado, el mar, las estrellas, que venían á vigorizar su alma y á prestar alas á sus ensueños...

\*  
\* \*

Había nacido en un pueblecito de la costa cantábrica, de esos en que siempre se escucha rumor de olas. Llegó á los diez y nueve años pobre... pero poeta. Vestía chaquet, pero desarrapado; era ignorante, pero con la cabeza más erguida y esplendente que el faro del puerto, que se veía desde su casucha... Un día, como otro cualquiera, se le murió á Ramírez su madre: una pobre mujer que

admiraba sus versos, que trabajaba día y noche para que su hijo se pareciera á un señorito. ¡Adiós la colaboradora de los sueños del poeta! Se fué aquel ángel triste, sacrificado, que nadaba en la miseria, y que alentaba siempre á Ramírez...

Aquella muerte fué un rayo para él. Horas y horas permaneció al lado del cadáver, sufriendo el horrible resquemor de tanta pena... La ventana del cuarto caía al mar, al mar brillante, que comenzaba á teñirse con los fulgores del sol del alba. El pobre poeta, cursi, de chaquet, tendió la mirada sin querer hacia aquel cuadro, que había herido su vista desde niño. La frialdad, la indiferencia de aquellas olas, de aquellos pájaros blancos que cruzaban el cielo y á quienes él tenía tanto cariño; aquella impasibilidad del cuadro, le pareció una ingratitud, una crueldad satánica... Las olas lanzaban salvazos despreciativos, muestras quizá de un odio ignoto, oculto; las gaviotas parecían silbarle. Pensó cosas terribles; bulleron en su mente ideas secas, heladas, hijas del dolor, embadurnadas de negros infernales, y sintió un odio franco á la naturaleza ingrata, á todo lo que veía.

Se fijó sollozando en el cadáver de su madre, sin mortaja, vestido con la ropa de siempre y alumbrado por un cirio que le había prestado el sacristán. — ¡Un robo, un robo, — pensó, — que se comete conmigo!... — y siguió lloriqueando allí, ante el mar, mirando al horizonte y sintiendo el inmenso desengaño de aquel amor suyo, á todo lo que vieron sus ojos... Después oyó pasos junto á sí y un gran resoplido. Era el sacristán que apagaba el cirio que alumbraba el cadáver.

— ¡Ahora que alumbre el sol! — dijo sonriéndose. — Ya amanece...

\*  
\*  
\*

Y alumbró el sol, como dijo el sacristán; pero Ramírez, convencido de que en aquel paisaje de su pueblo, tan amado por él, había ojos invisibles que le miraban con rabia, decidió marcharse lejos, lejos, á Madrid, por ejemplo, donde fuera imposible divisar aquella tierra que se había tragado al ser que él más había querido. ¡Lástima no poder huir también adonde no hubiera sol ni cielo, testigos sin entrañas de su dolor!

Ramírez no vistió luto porque no tenía ropa y, además, porque no se ocupó de eso. Durante más de ocho días paseó por las carreteras menos transitadas, con mirada ceñuda, como un hombre ultrajado y escarnecido, que estaba dispuesto á poner las peras á cuarto á toda la creación. En aquellos paseos, á solas con sus disparates y sus melancolías, caviló varias composiciones, poniendo de vuelta y media á la alborada, á las aves marinas que le habían silbado y, «en general», á todo el paisaje de los alrededores. Rípios aparte, era el de Ramírez un dolor sincero, punzante, hondo, que hizo reir mucho en el pueblo.

*¡Maldigo al sol!... execro la gaviota,  
que va volando hacia región ignota!!*

Dijo Ramírez, con estro elevadísimo en el *Semanario de Nieva*. Y más adelante:

*Decidido ya estoy á ser exótico...  
¡Adiós, mi patria, adiós!...*

Y dicho y hecho; Ramírez se presentó en Madrid sin un cuarto, pero con un



hervidero de ilusiones y de sueños, que le hacía vivir feliz. No le acoquinó el verse solo, ante un pueblo desconocido, ante miles de personas indiferentes. Buscó caras amigas, y buscó dinero, en vano: no desmayó por eso; vivió no se sabe cómo durante una temporada, siempre altivo, con la cabeza erguida y con el andar jacarandoso. Si la fachada del Banco de España tuviera ojos, no miraría á las gentes de Madrid con el desdén con que Ramírez miraba á los transeuntes por adinerados que fueran...

A los escaparates de los restaurants les echaba una ojeada de hombre bien comido... En vano el estómago, sincero admirador de todo lo succulento, le hablaba en voz baja: «¡detente, poeta! y admira ese cuadro». Nada, Ramírez apagaba aquella voz, y pasaba de largo, con indiferencia, siempre soñando...

Pasó un año, que valió por veinte, y Ramírez quedó hecho una ruina. El hambre le arañó la cara, se la llenó de surcos; *el volcán* que tenía en la cabeza le secó el pelo, que aparecía gris; el paleto viejo, hirsuto á trozos, también parecía tener canas. Ramírez quedó como un

maniquí vestido, polvoriento, arrinconado en una trastienda; á pesar de lo cual, miraba á las mujeres con una ternura conmovedora.

Llevaba guantes sudorosos, se engomaba el bigote, y en ocasiones, se le figuraba que tenía que escribir á su mayordomo...

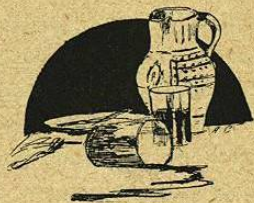
A veces, paseando, salía á los alrededores de Madrid, hasta que de repente sentía la puñalada de un recuerdo, y pensaba en su madre, en el odio á la naturaleza ladrona, páfida, en su pueblo ingrato, en el mar... ¡Cuántas veces Ramírez lloró como un niño, de rabia, de ira, pensando en aquella mañana que se quedó solo! ¡Cuántas penas desde entonces! Un día descendió de un hermoso sueño para coger la colilla de una breva, y oyó una voz de pillete que le dijo: «¡date!»; otro día durmió en un banco, al aire libre...



Ramírez sintió que le daban una palmada en la espalda. Volvióse indignado; porque él no admitía bromas, y se en-

contró con dos estudiantes de su pueblo, que venían más alegres que unas castañuelas, y comenzaron á recitarle versos suyos, entre carcajadas estrepitosas. Estaban medio borrachos.—¡Te vienes con nosotros, poeta!... ¡No te soltamos!...

Y no hubo remedio. Ramírez sintió como una oleada de salud que le oreaba



el espíritu. Sin poder darse cuenta de ello, se dejó arrastrar por aquellos buriones, y la verdad es que no paró mal. De taberna en taberna, de vino en vino, fueron todos á dar en un establecimiento en que se servían comidas. Abalanzóse Ramírez á los platos con sin igual ahinco y devoción, como si no hubiera poesía en el mundo.—¡Versos, versos!—decían los estudiantes.

—Os recitaré lo inédito...—contestaba Ramírez, siempre engullendo.—¡Ven-

gan, vengan! ¡Aquellos de tu madre! ¡Ja, ja, ja!—Os lo perdono todo,—dijo Ramírez, que ya estaba como una cuba y se retorció el bigote engomado.—Yo, acostumbrado á los goces materiales; yo, el sibarita por excelencia... ¡brindo por la alegría del vino! (Bravo, bravo), y os mando que abráis esa ventana... tengo que reconciliarme... Yo, el amante del placer material, como os he dicho, necesito volver á mis amores con la naturaleza. Hoy es día de juventud y de ideas doradas, ¡abrid!...

Y diciendo esto, Ramírez se asomó á la ventana.—¡Viva el poeta!—exclamaban los estudiantes.

Y el colaborador del *Semanario de Nieva*, dirigió la palabra al cielo estrellado.

—¡Perdón, perdón, Dios mío!—exclamó.—Dile al rumor de las olas de mi aldea, que aun las amo, lo mismo que cuando las oía al lado de mi madre; di á los pájaros del mar, que pasaban por delante de mi ventana, que jamás los olvida este poeta... ¡Ah! Se me olvidaba... Da las gracias al sol... y al sacristán que me prestó aquel cirio... que alumbró á mi

madre... ¡Todo lo perdono! ¡Oh naturaleza... un beodo te saluda!...

Y Ramírez cayó patas arriba. Los estudiantes reían como locos. Por las mejillas del pobre poeta del chaquet, bajaban resbalando algunas lágrimas, elaboradas allá adentro, donde él no tenía ripios...



## El vino de la boda

Cuarenta y ocho años de casados llevaban don Rosendo y doña Petronila, y cuando yo los conocí vivían solos, en una casa vieja, donde habían hecho el nido á raíz del matrimonio, criando luego cuatro hijos que al llegar á mozos volaron cada cual por su lado. No se oían ya en el hogar voces juveniles. El tiempo seguía dando empellones á ambos cónyuges, que vivían ya «formando cola» á la puerta del cementerio.

Doña Petronila, que andaba cerca de los setenta, se complacía en verse joven y lindamente ataviada en los daguerreotipos de antaño, y aun bordaba gorros para su marido, enhebrando los abalorios en la aguja sin necesidad de ponerse gafas; dirigía el tragón de la casa como